

PROSPECTOS DE

VIDA



Prospectos de Vida

Créditos

Autores:

Daniel Bernhardt y Carlos Hernández

Diseño de Tapa e Interior:

Leandro Pena

Sitio Web:

maranathamedia.net

Maranatamedianet@gmail.com

Impreso en Argentina

Por NARDO PURO

denardopuro@gmail.com

Julio de 2026

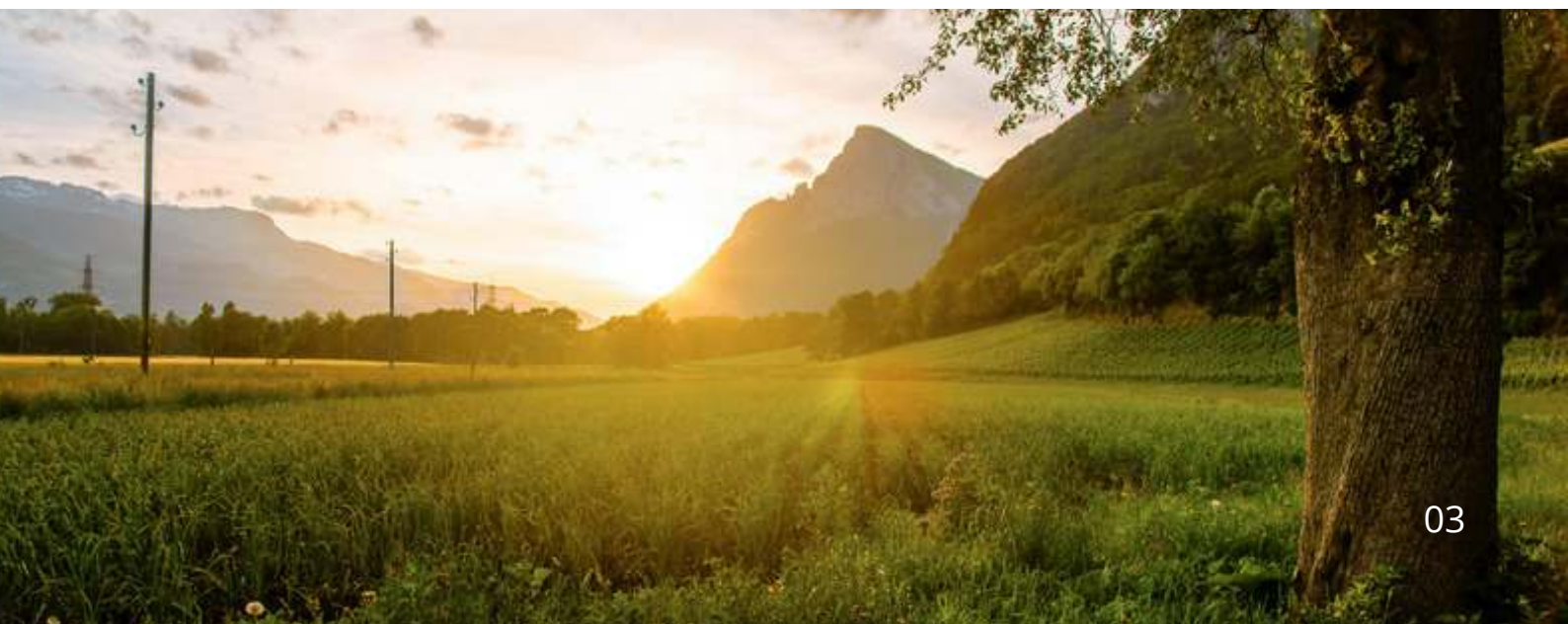


+54 9 3731 54-8007
denardopuro@gmail.com
**"Dios ama al dador
alegre"**



Tabla de Contenidos

01. ¿Qué es la vida?	04
02. ¿Existe Dios?	06
03. ¿Está Dios interesado en nosotros?	08
04. La Verdad	10
05. La Mentira	12
06. ¿Somos libres para elegir?	14
07. ¿Por qué el pecado?	16
08. La muerte	18
09. La tierra y su contaminación	20
10. ¿Dónde están los muertos?	22
11. ¿Qué sucede después de la muerte?	24
12. El mayor objetivo	26
13. Tesoros en la tierra	28
14. La familia y su significado	30
15. ¿A qué llamamos bueno?	32





¿Qué es la vida?

¿Te has preguntado alguna vez qué es la vida?

Los griegos en la antigüedad se preguntaban exactamente lo mismo, y trataban de obtener respuesta a esta y similares preguntas. Pablo, en sus conversaciones con los filósofos fue llevado al Areópago (Hechos 17:18-34), lugar donde se reunía el Consejo de Atenas, para que compartiera lo que predicaba, y en su apelación, nos dejó comentarios que nos llenan de aliento y esperanza.

El nos dice que Dios hizo el mundo y los que en él habitan. Pedro en otra circunstancia diría que Jesús es el Autor de la vida (Hechos 3:15). Pablo además nos dice que Dios es el que da a todos vida y aliento y todas las cosas. ¿Has considerado esto con cuidado? Todo lo que tienes hoy es lo que Dios te ha dado. El aliento mismo, cada respiración, es un acto consciente y voluntario de Dios, quien te regala cada instante de vida.

Y nos preguntamos: ¿por qué Dios nos da vida? ¿Cuál es el sentido de la existencia?

Pablo en su discurso nos responde, diciendo: para hallar a Dios, aunque no esté lejos de cada uno de nosotros. Dios nos dio vida para que lo encontremos. El sentido de la vida no es el obtener riquezas, ni ser sabio o poderoso o fuerte en algún aspecto de nuestras vidas (Jeremías 9:23, 24).

A veces pensamos que el ser millonarios, o populares, o tener posiciones elevadas en la sociedad es lo que da sentido a la vida. Aunque nos agotemos en buscar esas cosas y las consigamos, aún así habrá un vacío en el alma, porque es sólo Dios quien nos puede dar la verdadera identidad y el valor, la cual da eterna paz al alma. No somos lo que hacemos, sino lo que Dios dice que somos. Al darnos a su Hijo, nos hace hijos suyos (Gálatas 4:6-7). El valor tuyo y mío no está en lo que nosotros pensemos de nosotros mismos, sino en conocer y saber que Dios nos ama y piensa constantemente en nosotros (Lucas 12:6-7; Salmos 40:5). Sus pensamientos para con nosotros son de bien y de paz (Jeremías 29:11). Por eso Jesús mismo nos dijo que la vida es más que la comida, el cuerpo más que la ropa (Lucas 12:23). El sentido de la vida es en conocer y entender a Dios.

¿No te parece increíble que Dios anhela que lo conozcamos, y aún más increíble que anhela que lo entendamos? Y nos preguntamos: ¿conocer qué?, ¿entender qué? Que Dios es nuestro Padre. Por esa razón Jesús nos enseñó a orar: "Padre nuestro" (Mateo 6:9). Dios quiere ser nuestro Padre. Dios nos da vida para que conozcamos y entendamos que él es amor (1 Juan 4:8), y que nos ama con un amor tan irresistible, tan poderoso, que si llegáramos a conocerlo realmente como él es, nos sería imposible no amarlo con todo el alma. Dios nos da aliento para que conociéndolo y eligiéndole, nos enamoremos tanto de él que nos sea irresistible pasar la eternidad con él (Juan 17:3). ¿No te gustaría vivir esto? ¿No te gustaría conocer a Dios como tu Padre?



¿Existe Dios?

¿Quién no se ha hecho esa pregunta?

Si Dios existiera, elegiría el método de revelación de acuerdo a su carácter. Al no ser probado por la ciencia, declara que no lo dejó librado en manos de los más inteligentes, sino de aquellos que quisieran oírle. Por otro lado, es difícil ignorar la existencia de un poder e influencia para el bien en este mundo, como así también uno para el mal, los cuales están en crudo conflicto. Pero aparte de esto, la Biblia, que se define a sí misma como la palabra de Dios, presenta desafíos concernientes a la existencia de Dios que los más escépticos encuentran difícil de enfrentar.

Las Escrituras nos invitan a razonar, a no ignorar la profecía (1 Tes. 5:20-21), estableciendo que es la predicción de eventos futuros lo que establece la existencia del Dios verdadero (Is. 41:21-23). Dios declara que sólo él puede declarar el final desde el principio (Is. 46:9-10), y las cosas que han de suceder (Is. 44:7). Siendo esto así, ¿no sería sabio considerar estas cosas?

Isaías nos da la profecía de Babilonia, que era la ciudad más poderosa, bella e influyente del mundo, y declara que sería destruida y que nunca más sería habitada (Is. 13:19-20). Hacer esa declaración en la cúspide de la grandeza de dicha ciudad era definitivamente contra intuitivo. Cientos de años llevó para que Babilonia estuviera en la condición predicha. Se han hecho intentos de reconstruirla y habitarla, el último por parte de Saddam Hussein, sin embargo todos han llevado a un miserable fracaso. ¡Cuán fácil sería probar la falsedad de la Biblia con que un grupo de devotos incrédulos intentara reconstruir y poblar Babilonia! Sin embargo, sus ruinas y condición actual son un testimonio de milenios a la segura palabra de Dios.

El libro de Daniel predice que habría tan sólo cuatro imperios mundiales (Babilonia, Medo Persia, Grecia y Roma) y luego una división de reinos. Aún aquellos que afirman su autoría como siendo posterior a los eventos predichos no pueden negar la audacia de aseverar la existencia de tan sólo 4 reinos mundiales, contra todo precedente. Carlomagno, Napoleón, Hitler, son tan sólo testigos que hay un límite que no pueden traspasar. A diferencia de todos los imperios anteriores que fueron conquistados por otro imperio, Roma sería dividida en reinos, nuevamente contra todo precedente. Así, independientemente de cuando fue escrito el libro de Daniel, sus predicciones no dejan de ser inexplicables, entre las cuales se encuentra la venida de Jesús, su crucifixión, y la destrucción de Jerusalén y el templo cuando éste aún no había sido reconstruido. El pueblo judío y su larga historia, predicha en sus páginas, es testigo de la fidelidad en las predicciones. Podríamos mencionar las cientos de profecías centradas en Jesús a lo largo del Antiguo Testamento, que tuvieron su cumplimiento exacto. Sin embargo destacamos que sus once discípulos, más Pablo, estuvieron dispuestos todos a morir dando el testimonio de aquel a quien habían visto. ¿Cómo explicar tanto sacrificio por parte de 12 hombres de tan disímiles orígenes? Nadie muere por algo que sabe que no es cierto, y ¡mucho menos 12!.

Así, la Biblia es un libro increíble que nos declara que Dios existe, y que él demuestra su existencia al anunciar el futuro desde el pasado, con la finalidad que tu y yo creamos que él existe, y que quiere que le conozcamos.

A silhouette of a person jumping in the air, with another person's hands reaching up towards them. The background is a gradient of blue and orange.

¿Está Dios interesado en nosotros?

¡Dios te ama! Su amor es incondicional y supera todo límite. En la Biblia hay una carta* de Dios para ti:

“Yo conozco todo sobre ti, Sé cuando te sientas y cuando te levantas, Todos tus caminos me son conocidos (Salmos 139:1-3). Aun todos los cabellos de tu cabeza están contados (Mateo 10:29-31). Porque tú has sido hecho a mi imagen (Génesis 1:27). Tú eres mi descendencia (Hechos 17:28). Te conocí aun antes de que fueras concebido (Jeremías 1:4-5). Te escogí cuando planeé la creación (Efesios 1:4). No fuiste un error, porque todos tus días están escritos en mi libro (Salmos 139:15-16). He determinado el tiempo exacto de tu nacimiento (Hechos 17:26). Has sido creado de forma maravillosa, te formé en el vientre de tu madre (Salmos 139:13-14). Te saqué del vientre de tu madre el día en que naciste (Salmos 71:6). Soy la manifestación perfecta del amor. (1 Juan 4:16). Es mi deseo gastar mi amor en ti porque tú eres mi hijo y Yo tu padre (1 Juan 3:1).

Cada dádiva que tú recibes viene de mis manos (Santiago 1:17). Porque Yo soy tu proveedor, quien suple tus necesidades (Mateo 6:31-33). El plan que tengo para tu futuro está siempre lleno de esperanza (Jeremías 29:11). Yo te amo con amor eterno (Jeremías 31:3). Mis pensamientos sobre ti son incontables como la arena en la orilla del mar (Salmos 139:17-18). Me regocijo sobre ti con cánticos (Sofonías 3:17). Yo nunca pararé de hacerte bien (Jeremías 32:40). Tú eres mi tesoro más precioso. (Exodo 19:5). Deseo afirmarte dándote todo mi corazón y toda mi alma (Jeremías 32:41). Yo quiero mostrarte cosas grandes y maravillosas. (Jeremías 33:3). Si me buscas con todo tu corazón, me encontrarás (Deuteronomio 4:29). Deléitate en Mí y te concederé las peticiones de tu corazón (Salmos 37:4). Yo soy el que produce tus deseos (Filipenses 2:13). Puedo hacer por ti mucho más de lo que tú podrías imaginar (Efesios 3:20). Yo soy tu aliento (2 Tesalonicenses 2:16-17). Yo también soy el Padre que te consuela durante todos tus problemas (2 Corintios 1:3-4). Cuando tu corazón está quebrantado, Yo estoy próximo a ti (Salmos 34:19). Así como el pastor carga a un cordero, Yo te cargo a ti cerca de mi corazón (Isaías 40:11). Si me dejas, un día enjugaré cada lágrima de tus ojos y quitaré todo dolor que hayas sufrido (Apocalipsis 21:3-4).

Alguien se interpuso entre tu y Mí (Mateo 13:25). He sido malentendido (Jeremías 9:24). Como cualquier Padre, tenía que dejarte libre para irte, si así lo deseabas (Lucas 15:11-12). A pesar de eso, Yo soy tu Padre, y te he amado como a mi hijo, Jesús (Juan 17:23), porque en Jesús, mi amor hacía ti ha sido revelado (Juan 17:26). Él es la representación exacta de lo que Yo soy (Hebreos 1:3). Él ha venido a demostrar que Yo estoy contigo, no contra ti (Romanos 8:31). Y también a decirte que Yo no estaré contando tus pecados (2 Corintios 5:18-19). Porque Jesús murió para que tú y Yo pudiéramos ser reconciliados (2 Corintios 5:18-19). Su muerte ha sido la última expresión de mi amor hacía ti (1 Juan 4:10). Por mi amor hacía ti haré cualquier cosa que gane tu amor (Romanos 8:31-32). Si recibes el regalo de mi Hijo Jesús, me recibes a Mí (1 Juan 2:23). Y ninguna cosa te podrá a ti separar otra vez de mi amor (Romanos 8:38-39). Vuelve a casa y participa de la mayor fiesta celestial que nunca has visto (Lucas 15:7). Yo siempre he sido Padre, y por siempre seré Padre (Efesios 3:14-15). ¿Quieres tú ser mi hijo? (Juan 1:12-13). Yo estoy esperando por ti (Lucas 15:20). Con amor, Tu Papa Dios."



La Verdad

Cuando trajeron a Jesús ante Pilato para que le condenara, Pilato le preguntó a Jesús: “¿Qué es la Verdad?” (Juan 18:38). Esta pregunta es el fruto de no saber dónde encontrar la verdad, o de verla como inalcanzable. Tal vez te hayas preguntado lo mismo, y con tantas religiones reclamando tener la verdad, hasta dudes de la posibilidad de conocerla. Pero, ¿podremos saber? ¿Será posible conocer la verdad?

Si bien es cierto que el corazón del hombre es engañoso y que no puede confiar en sí mismo para conocer la Verdad (Jeremías 17:9,5), esta no es una quimera. La Biblia revela que aunque todo hombre es mentiroso, Dios es veraz (Romanos 3:4) y da a conocer la Verdad (Salmos 86:11); Él envió a su Hijo como la Verdad (Juan 14:6) y este nos ha declarado cómo es el Padre (Juan 1:18), ha dado testimonio de la Verdad (Juan 18:37), y nos asegura que mirándolo a Él vemos cómo es Dios (Juan 14:9).

Entonces, ¿qué es la verdad? Es la revelación de Dios por medio de su Hijo Jesús.

¿Por qué el Dios del universo quiere darse a conocer? Jesús nos enseñó que la vida eterna consiste en conocer al único Dios verdadero (Juan 17:3). Dios nos ama y quiere que conociéndole tengamos vida eterna. Envió a su Hijo al mundo para que todo el que acepte la Verdad que Jesús vino a revelar tenga esta vida eterna. Es el deseo de Dios que el mundo le conozca y sea salvo por medio de Jesús, la Verdad de Dios (Juan 3:16-19).

Mientras anduvo en la Tierra, Jesús vivió una vida de bondad y tierna compasión para con todos. Amó tanto a sus amigos, como a sus enemigos, y hasta oró por estos últimos mientras colgaba de la cruz. En todo esto estaba revelando la Verdad de cómo es Dios, que no desea que nadie se pierda, sino que todos procedan al arrepentimiento (2 Pedro 3:9). Dios es amor (1 Juan 4:8) y esta es la esencia de la Verdad revelada en Jesús.

También Jesús dijo que las Escrituras, es decir, la Biblia, dan testimonio de Él (Juan 5:39) como la Verdad de Dios. Esto nos deja saber que en toda la Biblia tenemos el testimonio de Jesús, quien a su vez es el camino al Padre. De Jesús escribieron todos los profetas (Lucas 24:27) y conociéndolo a Él a través de las Escrituras conocemos a Dios. Además, la Palabra de Dios, nos muestra la verdad de nuestra condición pecaminosa y la necesidad de ser libertados del pecado y de la maldad del mundo.

De esta forma Dios ha hecho accesible el conocimiento de la Verdad que nos hace libres (Juan 8:32). ¿Libres de qué? Libres del error y la mentira, libres para elegir a Dios, libres para confiar en él y vivir de toda palabra de verdad que sale de su boca. ¡Hoy puedes conocer la Verdad y experimentar verdadera libertad!



La mentira

¿Quién nunca ha dicho una mentira? Todos, en algún momento de nuestras vidas lo hemos hecho, ya que la Biblia define la mentira como engaño (Salmos 101:7; 119:118). Esto implica que, al utilizar cualquier medio para aparentar, disimular, distorsionar o dar una impresión falsa, estamos mintiendo. Todo hombre es mentiroso (Romanos 3:4) y esto hace difícil la confianza en otros. Sin embargo, Dios no es hombre para que mienta (Números 23:19), de hecho, no puede mentir, le es imposible (Tito 1:2; Hebreos 6:18). Dios es un Dios solo de verdad (Salmo 31:5). Podemos confiar en Él.

¿Cómo, entonces, surgió la mentira? Las Escrituras enseñan que esta se originó en el diablo ...

... quien una vez fue un querubín exaltado delante del trono de Dios (Ezequiel 28:14), pero que en rebeldía abandonó su morada (Judas 6). Jesús se refiere al enemigo como padre de mentira, dejándonos saber el origen de esta (Juan 8:44). Descontento con su posición exaltada, y aspirando a más (Isaías 14:13, 14), emprendió la obra de distorsionar la Verdad de Dios. Con sus mentiras arrastró con él a la tercera parte de los ángeles y los echó en tierra (Apocalipsis 12:4; Isaías 9:15). De igual forma, por medio de sus engaños respecto al carácter de Dios, introdujo la rebelión en la Tierra (Apocalipsis 12:9).

Cuando la serpiente antigua le habló a la mujer, no perdió tiempo para sembrar mentiras en su mente. Por medio de preguntas, sugerencias y declaraciones, desfiguró el carácter de Dios de tal forma que llevaron, tanto a la mujer como al hombre, a dudar del amor de Dios, su bondad y su Palabra (Génesis 3:1-6). Sus dos mentiras principales: no moriréis, y, Dios se reserva para sí lo mejor, les hizo pensar que debían vivir independientes de Dios y trabajar para alcanzar todo cuanto percibieran como fuente de bienestar propio. Así se ensució con mentira el camino del hombre.

Desde entonces, Dios busca al hombre para reconciliarlo consigo por medio de su Hijo Jesús (2 Corintios 5:19). Este conoce perfectamente al Padre (Mateo 11:28) y solo desea que otros lo conozcan tan bien como Él para que tengan vida eterna (Juan 17:3). Cristo vino a este mundo para deshacer las obras del diablo (1 Juan 3:8) y tanto en su vida como en su muerte reveló la Verdad sobre el carácter de su Padre para llevarnos a Él.

Hoy podemos recibir a Jesús para que nos salve de la mentira por medio de su testimonio fiel y verdadero acerca de Dios (Apocalipsis 3:14). Dejemos que sus palabras guardadas en nuestro corazón limpien nuestro camino (Salmos 119:9).



¿Somos libres para elegir?

Dios, que es amor (1Juan 4:8), es descrito en las Escrituras como abnegado y bondadoso (1 Corintios 13:4, 5). Esto implica que Dios nos da todas las cosas sin condiciones (Hechos 17:25), incluyendo la capacidad de aceptarlas o rechazarlas (Génesis 2:17). Sin embargo, a pesar de que Dios es así, vemos que la mayoría de nuestras decisiones son movidas por intereses egoístas. ¿Por qué? La Biblia dice que no hay justo, ni siquiera uno; que no hay quien busque a Dios; que no hay quien de sí mismo haga lo bueno, ni siquiera uno (Romanos 3:10-12). El mal nos es propio (Romanos 7:21). Entonces, si Dios nos creó libres para elegir, ¿por qué son nuestros pensamientos y acciones solo de continuo hacia el mal?

Nuestra carne está en enemistad con Dios y no se sujeta a su ley de libertad (Romanos 8:7; Salmos 119:45). Cuando el hombre eligió las mentiras de la serpiente quedó destituido de la gloria de Dios (Romanos 3:23), que es su carácter (Éxodo 33:18,19; 34:5-6). Esto implica que mientras el hombre permanezca engañado respecto al carácter de Dios permanecerá esclavizado al pecado, sin poder obrar en armonía con el amor de Dios. Jesús claramente indicó que se peca porque se es esclavo del pecado (Juan 8:34), es decir, no hay libertad para elegir distinto. Los falsos conceptos acerca de Dios le imposibilitan al hombre obrar el bien.

La serpiente prometió que al comer del fruto se les abrirían los ojos a nuestros primeros padres para conocer el bien y el mal, y serían como Dios. Pero vemos que sus ojos fueron abiertos solo para ver su desnudez (Génesis 3:5-7), lo que implica sentir vergüenza y culpa (Apocalipsis 3:18). Pero teniendo libertad para elegir, una vez elegido el mal, les fue imposible en si mismos elegir el bien nuevamente. Se hicieron inútiles, a una se inhabilitaron. Así perdieron para toda la humanidad la libertad. Dios quiere darle al hombre discernimiento para diferenciar entre lo bueno y lo malo (Proverbios 2:6). Nos declara el bien que lleva a la vida y el mal que lleva a la muerte, y no solo eso, sino que también nos ruega que escojamos la vida (Deuteronomio 30:15-19). Pero mientras sospechamos que Dios no tiene en mente nuestro bienestar, sino el propio, dudaremos de su Palabra.

El Hijo de Dios, como la Verdad de Dios (Juan 14:6), es el único que nos hace verdaderamente libres para elegir (Juan 14:36). Esa libertad de poder elegir el bien, Él la hace posible al enviarnos su Espíritu, que nos dice, este es el camino, andad por él. No tornéis a derecha ni a izquierda (Isaías 30:21). Cuando atesoramos su voz, nos da el poder de elegirle y venimos a ser libres. Así, el nos da el querer como el hacer por su buena voluntad (Filipenses 2:13). Cuando no guardamos su voz, nos es imposible elegir el bien, permaneciendo esclavos del pecado. Es recibiendo el conocimiento correcto del amor abnegado de Dios revelado en Jesús, creyendo que solo tiene pensamientos de paz para nosotros (Jeremías 29:11), y que su voluntad para nosotros es buena, agradable y perfecta (Romanos 12:2), que confiaremos nuestras vidas en sus manos y experimentaremos la libertad de vivir de toda palabra que sale de la boca de Dios. ¿Quieres ser libre para elegir?



¿Por qué el pecado?

El camino de Dios es perfecto (Salmos 18:31). La ley de Dios es perfecta (Salmos 19:7). Todas sus obras son perfectas (Deuteronomio 32:4). Entonces, si Dios hace todo perfecto, ¿por qué existe el pecado? No hay justificación ni excusa para la existencia del pecado, mas consideremos lo que la Biblia enseña acerca del mismo.

El pecado es transgresión de la ley (1Juan 3:4); también se nos dice que el pecado es maldad (1Juan 5:17). Se transgrede la ley de Dios, se hace maldad, cuando nos alejamos de Él y no oímos su voz (Daniel 9:11). El pecado, o maldad, es el resultado de huir de Aquel que es amor y de desechar sus palabras. Por eso Pablo nos dice que todo lo que no es de fe es pecado (Romanos 14:23), pues la fe es creer la palabra de Dios (Hebreos 11:1; Romanos 10:17). También aprendemos que el pecado engendra muerte. (Santiago 1:15), es decir, aquello que engendra muerte se le llama pecado. El pecado, la maldad, mata al malo (Salmos 34:21).

En su amor, Dios creó a todos sus hijos con la capacidad de escuchar su voz o desecharla. Al hacerlo así, con cada ser creado Dios asumió el riesgo de ser rechazado como Padre. El pecado surgió por primera vez cuando Lucifer, el exaltado querubín cubridor (Isaías 14:12; Ezequiel 28:14), dejó a Dios, para constituirse a sí mismo como su propio dios, provocando la primera ruptura familiar. (Ezequiel 28:2). Él había sido creado perfecto, pero cuando decidió no oír la voz de Dios para atender la suya, en Él surgió maldad y violencia (Ezequiel 28:15, 16). Todo esto lo manifestó en menosprecio hacia el Hijo de Dios, pues Cristo es la Palabra de Dios (Juan 1:1); Él es quien da las palabras de vida de Dios (Hechos 7:38). Así, rechazando la Palabra de Dios Lucifer se convirtió en Satanás.

El pecado se introdujo en este mundo de forma similar, con la excepción de que ahora hubo un tentador que sembró la cizaña para apartar de Dios a la raza humana. Primero fue alejándola de Dios con sus mentiras hasta que finalmente esta expulsó su voz y desobedeció. Este proceso un tanto abstracto se manifiesta de forma concreta cuando después de haber pecado, la Voz de Dios se acerca, y Adán y Eva se esconden de Cristo (Génesis 3:8-10). Desde entonces la raza humana repite la misma historia.

Cuando Dios congregó a su pueblo en el Sinaí para darles su ley a fin de que pudieran tener conceptos correctos de su justicia, el pueblo se puso de lejos y no quiso seguir escuchando la voz de Dios (Éxodo 20:19-21). Sin embargo prometieron obedecer; esto les sería imposible porque al alejarse y rechazar su voz, lo que resultaría sería maldad. Y así fue; menos de dos meses después ya habían elegido otro Dios (Éxodo 32).

Hoy, Cristo, la Voz de Dios, sigue acercándose al hombre buscando revelar que Dios es luz y en Él no hay ninguna tiniebla ni maldad, pero muchos no le reciben. Mas quienes escuchan su voz y abren para recibirle, estos son hechos hijos de Dios (Juan 1:12, 13; 1 Juan 1:5; Apocalipsis 3:20). No hay razón para seguir eligiendo el pecado. Si escuchas hoy la voz de Dios diciéndote que eres su hijo amado, no endurezcas tu corazón (Mateo 3:17; Hebreos 3:15). ¿Aceptarás su Palabra?

Prospectos de Vida

Número 8



La muerte

El filósofo griego Epicuro sostenía que no debemos temer a la muerte, pues “mientras somos, la muerte no es, y cuando la muerte es, nosotros no somos.” Su pensamiento respecto a la muerte, más allá de definirla, muestra que el ser humano teme a la muerte y busca formas de aplacar ese miedo. No importa cuantos milenios de historia tenga la humanidad, la muerte sigue siendo motivo de dolor y preocupación para el hombre. La razón de esto radica en que Dios creó al hombre para que viviera para siempre, no para que muriera (Tito 1:2).

El temor de la muerte no proviene de Dios. No es un mecanismo de Dios para presionar a sus hijos a que le obedezcan.

Ni siquiera la muerte es parte de su reino. La Biblia enseña que la muerte es enemiga de Dios (1 Corintios 15:26), y quien utiliza el temor de la muerte para esclavizar es el diablo (Hebreos 2:14, 15). Cuando Dios le dijo al hombre que no comiera del árbol del conocimiento del bien y del mal para que no muriera, no lo estaba amenazando, sino que le estaba indicando el resultado de vivir desconectado de Él (Génesis 2:17; Romanos 6:23). Fue la serpiente, Satanás, quien insertó el pensamiento de que el pecado no paga con muerte (Génesis 3:4), que se puede seguir viviendo desconectado de Dios. También sugirió que Dios se reserva lo mejor y que el hombre no lo necesita (Génesis 3:1, 5). Creyendo estas mentiras, el hombre y la mujer pecaron, y cuando Dios se acercó a ellos, estos se escondieron por miedo, pensando que Dios les daría el pago que el pecado da. Así se introdujo el temor de la muerte en la humanidad.

Ahora, ¿qué es la muerte? Es lo contrario a la vida; es un estado de inconciencia e inexistencia, sin memoria, ni alabanza a Dios (Eclesiastés 9:5; Salmos 146:4, 6:5) y es el fruto del pecado (Santiago 1:15).

Dios le ha dado existencia al hombre para que conociendo su amor, el hombre desee permanecer conectado a Él y viva para siempre. Pero si el hombre rechaza una relación con Dios, se desconecta de Él, el resultado es muerte (Proverbios 8:36). La muerte es lo opuesto a la vida eterna y la Biblia la define como dejar de existir para siempre, es decir, inexistencia eterna (Juan 10:28; Ezequiel 28:19).

Así como las Escrituras hablan de dos tipos de vida, la pasajera y la eterna (Juan 12:25), también menciona dos tipos de muerte: (1) la que se describe como un sueño del cual se ha de despertar, (2) y de la que no se ha de despertar, pues es para siempre (Juan 11:26).

Dios desea librarnos de la muerte (2 Corintios 1:10), y ha hecho provisión para que algún día esta no exista más (Apocalipsis 21:4). La voluntad de Dios es que vivas (Proverbios 8:35). ¡Escoge pues la vida (Deuteronomio 30:19)! ¡Escoge a Jesús (Juan 14:6)!



La Tierra y su contaminación

¿Por qué la tierra está convulsionada? ¿Cuál es la causa de los terremotos, huracanes, inundaciones, fuegos, y otras catástrofes naturales?

Estas inquietudes llenan la mente de gran cantidad de personas, quienes miran con preocupación estas convulsiones de la naturaleza. Nuestro Padre celestial nos ha dejado en su Palabra clara enseñanza respecto del origen de estas catástrofes.

Dios creó y formó al hombre del polvo de la tierra (Gén. 2:7), y lo puso como señor de toda la creación de esta tierra (Gén. 1:26). Todo lo que está sobre esta tierra está bajo el dominio, influencia y autoridad del hombre. Cuando el hombre pecó y se rebeló contra Dios, el mismo espíritu de rebeldía influyó sobre la naturaleza. Dios le cuenta a Adán las consecuencias de su acto, de que por su causa la tierra sería maldita (Gén. 3:17). Dios no lo hace, sino que es el pecado del hombre lo que maldice la tierra.

Al hombre resistir y rechazar el Espíritu de Dios, el agua viva (Jn. 7:38-39), la tierra como espejo le mostraría al hombre su condición, las plantas privadas de agua le producirían cardos y espinas (Gén. 3:18). Así, por el pecado del hombre, la creación entera gime, sufre y está con dolores de parto, fue sujeta a corrupción por el hombre, a la espera de la manifestación de los hijos de Dios (Rom. 8:19-23).

La historia de Caín y Abel confirma el impacto del pecado del hombre. Habiendo Caín matado a Abel, Dios le dice que “la voz de la sangre de tu hermano clama a mi desde la tierra”. La sangre derramada de Abel tiene una voz, unas vibraciones, que el oído humano no capta, pero sí Dios. En el idioma original “clama” significa grito desgarrador. Y estas vibraciones están en la tierra. Como consecuencia, Dios le dice a Caín que sería maldito de la tierra, que cuando labre la tierra no le daría su fuerza. No es Dios quien hace algo adicional, sino que la obra de Caín hace que sea maldito DE o POR la tierra (Gén. 4:10-12). Son estos pecados y las degeneraciones sexuales que generan grandes e intensas emociones en el ser humano que hacen que la tierra vomite a sus habitantes (Lev. 18:25). Y de hecho la tierra vomitó a los antediluvianos, porque estos habían llenado la tierra misma de violencia, así como Caín lo hizo con Abel. Dios los destruyó con la tierra (Gén 6:11-13), al finalmente con dolor concederles el pedido de que los deje solos (Job 22:15-18). Así, el hombre cosechó la violencia que había sembrado (Gálatas 6:7).

En ese sentido, el mensaje de la Biblia es bien claro. La tierra, es decir, el mundo natural, se enferma porque los hombres rompen la ley de Dios y lo rechazan. Y también los hombres se enferman y padecen enfermedades por dicha causa (Is. 24:4-5). La violencia del hombre es un castigo sobre la tierra, y Dios, que por tanto tiempo mantiene paz, eventualmente permite que la tierra se levante contra el morador impío (Job 20:27-29). Por otro lado, mucha paz hay para los que aman la ley de Dios (Sal. 119:165), los que oyen a Dios y no lo rechazan, sino que atesoran su palabra, permiten que Dios grabe su ley en sus corazones (Ex. 19:5-6, Sal. 81:8-9, Heb. 8:10). Y si atesoran como precioso el séptimo día de la semana, el Sábado, y cuidan su cuerpo, Dios promete que tendrán la abundancia de la tierra, lluvia nunca les faltará, y Dios les dará paz en la tierra (Lev. 26:1-10; Mat. 24:20-21, Mar. 4:39). ¡Qué Dios nos de sabiduría para discernir su voluntad y nos ayude a ser una influencia de paz por dondequiera que vayamos.



¿Dónde están los muertos?

El destino de los muertos siempre ha intrigado al ser humano. Las ideas son muchas y variadas, pero la inmensa mayoría tiene un elemento en común: el estado consciente de los muertos. Esta creencia es muy popular, y es en gran medida fomentada por el mundo del entretenimiento. Libros, canciones y películas han sido dedicados a promover que al morir las almas conscientes de los muertos van al cielo, al infierno o algún otro lugar. Pero, ¿es esto así? Veamos qué la Biblia enseña al respecto.

El estado consciente de los muertos es el resultado de haber creído la mentira de la serpiente cuando dijo: “no moriréis” (Génesis 3:4). Dios había declarado que el pecado implica muerte (Génesis 2:17), y una y otra vez se repite esta verdad en las Escrituras (Ezequiel 18:4). Después de que se introdujo el pecado y los hombres vieron que su paga es muerte, la mentira de la serpiente subsistió en la enseñanza de un estado consciente de los muertos introduciéndose en la mayoría de las culturas y religiones. Así, la mentira de que el hombre tiene vida inherente es propagada, cuando en realidad, Dios es la fuente de vida, y solo Él da y sustenta la vida a todo ser.

La Biblia enseña que los muertos nada saben y su memoria es puesta en el olvido; su amor, su odio o envidia dejan de ser y ya no tienen parte con lo que ocurre bajo el sol.

Enfatiza que al morir se va al sepulcro, donde no hay industria, ni ciencia, ni sabiduría (Eclesiastés 9:5, 6, 10). La Biblia define al Seol o sepulcro como el lugar donde los muertos duermen (Génesis 47:30). Aunque a veces se traduce como infierno o hades, el concepto hebreo es muy distinto. La Biblia indica que todos, buenos o malos, van al mismo lugar, al sepulcro (Job 30:23), y como ya vimos, permanecen en un estado de inconsciencia. Personas como el patriarca Abraham, el rey David, y muchos más, son mencionados como yendo al sepulcro sin haber recibido todavía la promesa de la vida eterna (Génesis 15:15; Hebreos 11:39, 40; Hechos 2:29; 13:36). La Palabra de Dios nos dice que los que son de Cristo duermen, pero han de ser resucitados cuando Él vuelva por su pueblo (1 Corintios 15:23). Aquí encontramos una bendita esperanza. Los que mueren en Cristo solo duermen hasta ser despertados en su venida para recibir vida eterna. Por eso se nos alienta a no entristecernos por ellos a la manera de los que no tienen esta esperanza (1 Tesalonicenses 4:13, 14). Les volveremos a ver.

Aunque la muerte entró por el pecado, y esta nos lleva al sepulcro, la promesa de Dios es rescatarnos tanto del poder de la muerte como del sepulcro (Oseas 13:14), para darnos vida eterna. La muerte y el sepulcro algún día dejarán de existir (Apocalipsis 20:14), y nunca más seremos separados de nuestros seres amados. La victoria sobre el sepulcro está garantizada (1 Corintios 15:55). ¡Puedes descansar en las promesas de Dios!



¿Qué sucede después de la muerte?

Job fue un hombre justo que sufrió inmenso dolor por parte de Satanás. Perdió sus bienes materiales, su salud, y hasta sus hijos. Su propia esposa le dijo que maldijera a Dios y que se muriera (Job 2:9). ¡Qué situación difícil la de Job! Ni su propia esposa lo animaba a seguir viviendo. El mismo Job deseó descansar en la sepultura con la esperanza que después de un tiempo Dios se acordara de él (Job 14:13). Job creía en la resurrección de los muertos. Creía que así como su Redentor se levantaría sobre el polvo, él también sería levantado y en su propia carne vería a Dios. Esta era la esperanza que ardía en su corazón (Job 19:25-27).

Para Job la muerte no era el final, sino un descanso aguardando la promesa de la vida eterna.

Por eso hace la pregunta: "Si el hombre muriera, ¿por ventura vivirá?" A lo que él mismo contesta: "Todos los días de mi edad esperaré, hasta que llegue mi transformación" (Job 14:14). Job anhelaba el día en que su cuerpo corruptible y mortal fuera transformado en uno incorruptible e inmortal (1 Corintios 15:53).

Luego de Job hablar sobre la esperanza de resucitar para ver a Dios, les habló a sus amigos del juicio (Job 19:29). También Jesús, hablándole a los judíos, indicó que vendrá la hora cuando los que hicieron bien oirán su voz y resucitarán para heredar la vida, pero a los malos la hora les llegará para ser levantados de sus tumbas y enfrentar el juicio (Juan 5:28, 29). Este orden: primero la muerte, después la resurrección, y luego el juicio de acuerdo con las obras, está claramente planteado en las escrituras (Hebreos 9:27; Apocalipsis 20:13). El juicio no es una decisión de Dios, sino la revelación de lo que cada uno eligió bajo la ley de la siega; se cosecha fruto conforme a la semilla sembrada (Gálatas 6:7, 8). Dios traerá a juicio toda decisión del hombre y le dejará tener el fruto de su elección (Eclesiastés 12:14; Isaías 57:17; Jeremías 4:18). Este grupo ha de experimentar la segunda muerte o muerte eterna (Apocalipsis 20:14, 15; 21:4), de la que no se resucitará más ni habrá más memoria (Isaías 26:14).

El destino de Job será distinto. Él decidió confiar en Dios con todo su ser a pesar de que su mundo se le derrumbó encima (Job 13:15); eligió el único Camino que lleva a la vida eterna. Esta confianza, esta fe en Dios, no surge por arte de magia; es el resultado de una relación cultivada diariamente. Job conoció tanto a Dios, y su amor para con él, que se atrevió a decir osadamente que Dios lo llamará a resurrección de vida eterna porque Dios lo extrañaría (Job 14:15). Pronto llegará el día en que se oirá la voz del Hijo del hombre decir: "¡Despertad y cantad, moradores del polvo!", y los muertos volverán a vivir, resucitarán a vida eterna (Juan 5:27-29; Isaías 26:19). Allí estará Job y muchos más que murieron con la misma confianza. Si te tocara morir, ¿tendrías la seguridad de Job? Hoy Dios te invita a conocerlo y a confiar en Él.



El mayor objetivo

Cuando la serpiente le habló a Eva en el Edén, y nuestros primeros padres comieron del fruto prohibido, sus palabras engañosas cambiaron totalmente la perspectiva de la humanidad entera. Se introdujo un nuevo orden mundial. ¿En que consistía este nuevo orden?. La serpiente les mintió diciéndoles que Dios no quería lo mejor para ellos, sino que se lo reservaba para él. No solamente eso, sino que les ofreció una vía de aparente escape. Esa solución consistía en tomar la fruta para llegar a ser como Dios (Gén 3:1-5).

La humanidad tomó para alcanzar un nuevo status, para llegar a ser alguien, para ganar una nueva identidad, y consiguientemente valor. Al hacerlo perdió todo esto. El hombre se quedó con un terrible vacío. La humanidad entera fue entonces arrojada a una búsqueda desesperada de valor en la obtención de las cosas del medio ambiente. Este se transformó en el mayor objetivo de la humanidad caída. Alcanzar valor e identidad a través del modelo de teléfono, el auto, o la casa. También las posiciones, las carreras de estudio, y posiciones en las organizaciones religiosas.

Las conexiones y la relaciones humanas vendrían a ser mecanismos para obtener poder, influencia y consiguientemente valor. El mundo entero quedó así huérfano de un Padre amante (Lucas 15:11-32), a quién ahora consideraban egoísta y que los quería matar. El mundo entero empezó a ver al hermano como competidor. Así, este nuevo orden mundial, este mayor objetivo de tomar, servirse del medio ambiente para obtener valor y llegar a ser alguien, sumió a la humanidad en la desesperación, violencia y muerte.

Dios, viendo el terrible error cometido por la humanidad, y que estaba esclavo sin escapatoria (Romanos 3:10-18), emprende la obra de rescatar al hombre. Dios lo salvaría tan sólo con su consentimiento.

*El hombre estaba sin valor ni identidad. ¿Cómo darle eso al hombre? **Dios lo hace al dar a su Hijo.***

La entrega del Hijo por nuestros pecados nos demuestra que la salvación tuya y mía vino a ser el mayor objetivo de Dios. De tal manera amó Dios al mundo, que envió a su Hijo unigénito para que todo aquel que en él crea, no se pierda mas tenga vida eterna (Juan 3:16). En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito. (1 Juan 4:9-10). El que no escatimó a su propio Hijo, ¿cómo no nos dará con él todas las cosas? (Romanos 8:32). ¿Acaso había algo de mayor valor a entregar? Así, al darnos a su Hijo nos dio una identidad, el Espíritu de Cristo en nuestros corazones nos hace hijos de Dios, y miramos a nuestro Dios y clamamos Abba Padre (Romanos 8:15-16; Galatas 4:6-7). Y el conocer que nos ama, y que sus pensamientos para con nosotros son innumerables nos llenan de valor (Lucas 12:6-7; Salmos 40:5).

Dios hizo todo esto para que podamos conocer como es él realmente, y lo podamos elegir puramente por amor. Ese es el mayor objetivo de Dios. Y si nosotros dejamos que Dios nos ame como él quiere amarnos, entonces su amor por nosotros estará en nosotros por cada uno de los hermanos que nos rodean. El mayor anhelo y objetivo de la creación entera y de Dios es que la humanidad sea hecha a la imagen de su Hijo (Romanos 8:19-29). ¿No es acaso el mas elevado honor ser hechos hijos de Dios por medio del Amado?



Tesoros en la tierra

A photograph of an open, dark brown leather treasure chest. The chest is overflowing with gold coins, and several stacks of coins are scattered on the wooden floor around the base of the chest. The lighting is dramatic, highlighting the texture of the leather and the metallic sheen of the coins.

¿Cómo se determina el valor de las cosas? ¿Qué es valioso en esta vida, y qué no lo es? Todos hemos sido criados con conceptos recibidos de la sociedad a la cual pertenecemos. Sin lugar a dudas, el hombre hoy en día valora aquellas cosas que tienen que ver con el bienestar, la comodidad, y la apariencia ante la sociedad. El hombre, por el engaño de la serpiente (Génesis 3:4-5), se lanzó a la búsqueda de cosas que erróneamente pensó le traerían valor. Ya sea dinero, poder, relaciones, etc., todos fueron elementos que recibieron “valor” porque el hombre buscó llenar su propia falta de valor.

Sin embargo Cristo vino, y con su vida y ejemplo revolucionó el pensamiento humano. Invitó a la humanidad a entrar en el pacto de Dios, donde recibiendo y guardando las palabras de Dios, traerá la bendición de todas las cosas necesarias para esta vida (Mateo 6:25-33). Si el hombre se dedica a llenar su falta de valor con las cosas exteriores, no podrá servir a Dios. Le es imposible al hombre que ama las riquezas servir a Dios, porque su corazón estará en sus tesoros (Mateo 6:19-24).

Sin embargo, Dios nos invita a buscar lo espiritual, que es invisible, y él podrá entonces darnos lo material, que es visible. Lo primero a llenar es nuestro vacío de valor por medio de la revelación del amor de Dios. Dios nos declara que nosotros somos "SU TESORO" (Éxodo 19:5; Salmos 135:4). Dios nos dio a su Hijo, Su Amado (Mateo 3:17), para que nosotros conociéramos el amor con que él nos ama (Juan 3:16; 17:26; 1 Juan 4:13-16). No solamente eso, sino que también nos dará el buen tesoro de Dios, el cielo (Deuteronomio 28:12). Y viendo nuestra condición exclamamos, ¡cuán poca fe tenemos!

Sin embargo, el llamado constante de Dios es que apartemos la mirada de las cosas que el mundo considera como tesoros, pero que no llenan la necesidad y el vacío del alma (Eclesiastés 2:8-11). Y nos insta a que busquemos el verdadero tesoro, y que seamos ricos en Dios (Lucas 12:21). Pero, ¿cuál es el tesoro que podemos hoy tener en la tierra? ¿Cuál es el tesoro que Dios nos invita a buscar y tener? ¿En que consiste ser ricos en Dios? Es en el Padre y el Hijo que están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento (Colosenses 2:2-3). Y particularmente en el Hijo, quien es la sabiduría de Dios (1 Corintios 1:24), donde todas las riquezas, espirituales y materiales están y se manifiestan (Proverbios 2:2-5). Cuando tenemos a Cristo él nos puede llenar de sus caminos de justicia, vida eterna y consecuentemente de todas las cosas incluyendo las materiales que necesitamos para nuestro bien (Proverbios 8:17-21). En ese sentido, el reino de los cielos es como un tesoro que está escondido, y para poder recibirlo, es necesario desprenderse de todas las cosas (Mateo 13:44) que impiden la morada de Cristo en el alma. Y teniendo ese tesoro, Dios nos llama a que lo guardemos, a que lo atesoremos, a que lo tengamos bien cuidado y guardado en nuestro corazón. Ese tesoro es el conocimiento de Dios tal cual está revelado por Cristo. Es la gloria misma del Señor, y por ese conocimiento somos transformados (2 Corintios 3:18-4:7). Así, Cristo, el gran Mercader, está con sus manos llenas de tesoros eternos, golpeando a la puerta de nuestro corazón (Apocalipsis 3:20), anhelando que tu y yo dejemos de mirar las cosas de este mundo que perecen, y lo elijamos a él, porque recibiendo su presencia y amor y consecuentemente amándolo, y teniéndolo en nuestras vidas, él nos dará vida y todo lo necesario para ella. ¿No quieres acaso darle tu corrompido corazón, para que el te llene de sus tesoros?



La familia y su significado



¿Te has preguntado alguna vez el origen y sentido de la familia? ¿Por qué la vida humana está organizada de esa manera?

Es evidente que en el diseño de la creación Dios quiere enseñarnos algunas cosas. Quizás lo primero a destacar es que Dios hizo al hombre y la mujer a imagen de Dios (Génesis 1:26-27). Las Escrituras nos dicen que el Padre creó todas las cosas por medio de su Hijo (1 Corintios 8:6; Proverbios 30:4; Colosenses 1:15-16; Hebreos 1:2; Juan 1:1-3). Así, descubrimos que el reino de Dios es una familia (Efesios 2:9). Dios el Padre tiene un Hijo, el cual es el Amado del Padre (Mateo 3:17; Hebreos 1:5-6). Antes de ser parte del reino de Dios, somos esclavos, ajenos y enemigos de Dios (Gálatas 4:7; Juan 8:31-36; Romanos 8:7-8). Cuando uno nace de nuevo (Juan 3:5), ingresa al reino de Dios, y permanece en él siendo como niños (Mateo 18:3). Cuando nacemos de nuevo, venimos a ser hijos de Dios recibiendo la adopción de hijos de Dios (Romanos 8:11-14-17; Gálatas 4:6-7).

El amor del Padre fluye a nuestro corazón dándonos identidad (saber que somos hijos de Dios) y dándonos valor (conociendo en el amor de Cristo que Dios nos ama como a su propio Hijo (Juan 17:24-26).

Al ser parte de la familia de Dios, si no rechazamos el amor de Dios, recibimos el nombre, es decir el carácter de nuestro buen Padre celestial (Efesios 3:15; Éxodo 34:6-7).

El enemigo de las almas, Satanás, rompió el orden de la familia celestial, al pelear por un orden que, a diferencia de la familia celestial donde el interés de los demás reina suprema y nadie vive para sí (Romanos 14:7-9), el interés propio y satisfacer el ego es supremo (Ezequiel 14:13-14). Luego rompió la paz familiar en Adán y Eva (Génesis 3:12) al instaurar el mismo principio del amor propio (Génesis 3:5). Así, el mundo entero fue entregado a una ideología que se canibaliza. Siendo que el hombre fue creado a la imagen de Dios, es tan sólo natural que el enemigo de Dios buscara borrar la imagen de Dios que se halla en el hombre. Así, hoy vemos la sociedad destruida porque su núcleo central y fundacional, las familias, están destruidas por causa del desconocimiento de Dios. Es la familia la que nos da el sentido de permanencia. Todos nacemos con una necesidad innata de pertenecer, y de ser aceptados así como somos, sin la necesidad de demostrar que valemos o que merecemos que nos amen. En ese sentido, el amor incondicional de un padre y una madre tiene una importancia incalculable. Dios nos demostró ese amor incondicional para con nosotros (Lucas 15:11-24). La honra de los hijos son sus padres (Proverbios 17:6). Los niños forman su identidad y reciben su bienestar mayormente gracias al amor y cuidado de sus padres. Por ende, una familia rota resulta en un estorbo para el bienestar y el desarrollo de los hijos. ¡Cuánto más difícil es forjar un buen pasar económico, formar una familia estable, y mantener la salud física y mental, cuando se viene de un hogar destrozado! Todo cuesta más, porque falta el sentido de identidad y pertenencia, que debería ser el legado asegurado de cada persona, y que ¡depende en mayor medida de la estabilidad y el amor de los padres! Pero esta no necesita ser tu realidad, ni la de tu familia. Y aunque aún haya habido mucho sufrimiento, Dios anhela restaurar todo aquello que se ha roto. Aprende a romper con el ciclo vicioso de matrimonios rotos, familias destrozadas, y de la pérdida de identidad y pertenencia en niños y adultos. Hay un mejor camino, y está a tu alcance. Acepta el reino de Dios en tu vida y deja su Espíritu actuar, y esto también será añadido.



¿A qué llamamos bueno?

¿Te has preguntado alguna vez que es lo bueno y que es lo malo? ¿Cómo se determina el carácter de las acciones? ¿En quién cabe la tarea o responsabilidad de determinar lo bueno y malo? ¿Queda en las manos de cada ser? Jesús nos dijo que sólo Dios es bueno (Marcos 10:18). Inclusive Jesús nada hacía de sí mismo, sino lo que el Padre le enseñaba (Juan 8:28). Porque Dios es bueno con todos (Salmos 145:9), nos enseña el buen camino, Cristo (Salmos 25:8, Juan 14:6). Y nos invita a que conozcamos que él es bueno (Salmos 34:8). Su bien consiste en que para siempre es su misericordia (Salmos 100:5). Su bien se manifiesta en que habla bien y hace bien, con lo que su Palabra es toda buena en gran manera (Salmos 119:68, Romanos 7:12).

Al mismo tiempo que Jesús dijo que sólo Dios es bueno, nos dijo que ninguno hay bueno. Esto es así porque nadie busca a Dios, quien es bueno. Ni siquiera hay uno que haga lo bueno, diga la verdad (Romanos 3:10-18). Y nos preguntamos, ¿por qué el hombre hace lo malo? Hay varias respuestas a ellas, pero en principio, porque no ha visto a Dios (3 Juan 11). Si el hombre viera y conociera a Dios, le amaría, porque Dios es amor (1 Juan 4:8).

Ante esta condición, Dios mandó a Jesús para que nos mostrara exactamente la Verdad respecto de Dios. Mirando a Cristo, conocemos a Dios, porque el que ha visto a Cristo, ha visto al Padre (Juan 14:9-10). Contemplando a Cristo, vemos la gloria de Dios (Hebreos 1:3), la cual es la belleza de su carácter (Exodo 33:18-30). Y basado en esa benignidad (Romanos 2:4) Cristo nos invita a seguirle, porque elegirle es bueno, mientras que no hacerlo, sólo nos traerá dolor, mal, y muerte, dado que quedaremos librados a nuestra propia condición, que es mala. Cristo nos llama y si le dejamos, él nos puede hacer buenos (Juan 15:4-5; Mateo 12:33). Nosotros abrimos la puerta de nuestro corazón (Apocalipsis 3:20), y él nos limpia de todo pecado (Juan 1:29, 1 Juan 1:7). Así, somos constantemente instados a elegir a Cristo, a aborrecer lo malo y a elegir y seguir lo bueno (Romanos 12:9, 2 Corintios 13:7, 1 Tesalonicenses 5:21), y tan sólo responder con el bien aún a los que nos hacen el mal (Romanos 12:17, 1 Tesalonicenses 5:15). Esto es tan sólo posible por medio de Cristo, quien nos señala, muestra, y revela al bueno, Dios, y además nos da la libertad de elegirle (Juan 8:31-32). Al aceptar a Cristo y seguirlo, él hace en nosotros lo bueno, y venimos a ser de Dios (Gálatas 2:20, 3 Juan 11).

En el hombre se manifiesta lo malo: adulterio, fornicación, inmundicia, maldad, lascivia, idolatría, hechicería, enemistades, peleas, celos, iras, envidias, homicidios, borracheras, etc. (Gálatas 5:19-21). Lo bueno de Dios se manifiesta en el fruto del Espíritu, amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza (Gálatas 5:22-23), lo verdadero, honesto, justo, puro, amable, de buen nombre (Filipenses 4:8). De cada una de esas manifestaciones, ya sea del hombre o de Dios, ¿te hacen bien a ti y a los que te rodean? ¿Puedes ver lo malo y lo bueno en cada caso? ¿A que llamamos bueno? Así, Dios nos invita a que le elijamos. No solamente eso, sino a que seamos cuidadosos. Se nos dice: “¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; de los que hacen de la luz tinieblas y de las tinieblas luz; que ponen lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo!” (Isaías 5:20). ¡Ay! Le duele a Dios, porque viene mucho dolor y finalmente destrucción a aquellos que llaman malo a lo bueno y bueno a lo malo. ¿No sería bueno conocer lo bueno de Dios, que es infinito? ¿No sería bueno rechazar lo que Dios declara malo? ¡Que Dios nos ayude a elegirle! ¡Que Dios nos de un corazón nuevo para recibir todo lo bueno de Dios!

PROSPECTOS DE

VIDA

¿Y si las preguntas más importantes de la vida tuvieran respuesta?

¿Quién es Dios? ¿Existe realmente? ¿Por qué hay sufrimiento, muerte y dolor? ¿Cuál es el propósito de la vida? ¿Somos verdaderamente libres? ¿Qué sucede después de la muerte?

A lo largo de estas páginas encontrarás una invitación a reflexionar sobre las grandes preguntas que han acompañado a la humanidad desde sus orígenes. Basándose en las Escrituras, cada artículo presenta una perspectiva esperanzadora acerca del amor de Dios, el valor de la vida humana, la verdad, la libertad, la familia, el sufrimiento y la esperanza de la vida eterna.

Estos prospectos buscan acercarte al conocimiento de un Dios que desea ser conocido, comprendido y amado; un Padre que conoce tu nombre, tu historia y tus necesidades, y que anhela darte paz, propósito y esperanza.

Te invitamos a leer con una mente abierta y un corazón dispuesto. Quizás descubras que las respuestas que has estado buscando no se encuentran en las cosas pasajeras de este mundo, sino en una relación personal con Aquel que es la fuente de la vida, la verdad y el amor.

"Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado." Juan 17:3



+54 9 3731 54-8007
denardopuro@gmail.com
"Dios ama al dador
alegre"

